

EN MEMORIA DE LUIS ALBENTOSA, ECONOMISTA

Por Jose López-Tafall Bascuñana, Técnico comercial y Economista del estado, promoción 1989

Luis Albentosa murió a principios de septiembre. Se fue de modo discreto, sin hacer ruido, sin avisar. Llevo pensando desde entonces si escribir estas palabras en su memoria, porque toda necrológica tiene una parte de vanidad. Incluso la frase anterior la tiene. Pero también es cierto que Luis merece un recuerdo: la España que ahora vivimos, la real, le debe mucho.

No quiero empezar sin tener un recuerdo a él como persona, al quién y no al qué. Luis fue un hombre brillante, tenaz, orgulloso y muy inteligente. Optimista, buena persona y muy trabajador. Los que le conocimos sabemos muy bien de qué pasta estaba hecho, de la pasta que tienen los que son capaces de superar incluso las malas cartas que te reparte la vida. Y por eso creo que todos los que le conocimos, le admiramos.

Pero este es un foro de economistas. Y Luis fue un Economista del Estado. En su caso, lo fue no como título, sino como condición.

Como economista fue clave en la política económica de las dos décadas que crearon nuestra economía actual: los ochenta y los noventa. Desde la Secretaría de Estado de Economía, y su papel como director general de política económica desde 1990 a 1996, Luis ayudó a modernizar la economía española. Experto en mercado laboral y sector exterior en los ochenta, que analizó en sendos libros, dedicó su esfuerzo a la economía real y sectorial, a liberar y modernizar la oferta.

Profundamente liberal, desde su ventanilla como secretario técnico de la Comisión Delegada, con ministros tan relevantes como Solchaga, Solbes o el primer Rato, Luis fue al mismo tiempo guardián e impulsor de medidas clave. La política de liberalización fue su terreno, desde las telecomunicaciones al suelo, pasando por puertos o servicios (¡qué visión la manifestación de coches fúnebres por la calle Alcalá pidiendo la desregulación de unos de los peores monopolios existentes, las funerarias municipales!); también lo fueron las privatizaciones, o el impulso a la entonces inexistente política de defensa de la competencia y la creación de los reguladores independientes. Los decretos leyes liberalizadores de junio de 1996, que el PSOE no quiso sacar y el PP supo aprovechar, son en buena parte de su total autoría, y un ejemplo de su trabajo.

Pero, además, Luis fue un economista del Estado. Y escribo bien: no del Gobierno, sino del Estado. Su esfuerzo, su tesón y su brillantez no se prestaban sino al común de los españoles, y su compromiso con ellos era pleno, sin atender a otros requerimientos. Profundamente independiente, como buen liberal, sus votos particulares en su etapa como consejero de la CNE en los 2000 no hacen sino evidenciar, por escrito, su radical defensa del interés general que, si bien es un concepto difícil de delimitar, se identifica fácilmente cuando se contrapone al interés particular, sea este el que sea. Y Luis tuvo claro siempre para quién trabajaba, y lo que debía ofrecer al Estado: una opinión sólida, fundada e independiente. Aunque le costara un disgusto.

Sus últimos años optó por la discreción. Quizá pensaba que ahora las cosas eran distintas. Quizá confió mucho en amigos y colegas, que creo que no estuvieron a la altura. Yo el primero. Pero nunca es tarde para ajustar cuentas con el pasado y reconocer, como cuerpo profesional de economistas que somos, al servicio del Estado, que Luis Albentosa fue uno de nuestros mejores miembros. Y se merece nuestro recuerdo.